

ESTAMPAS DE FIESTA MAYOR

Hay unos tipos, unas figuras con sus respectivos escenarios, que solo se dan en las grandes festividades populares tales como ferias y fiestas mayores de los pueblos.

Son esos seres transhumantes que recorren todas las comarcas llevando consigo, y en sus pertrechos faranduleros, la alegría y el divertimento a las gentes sencillas de todas partes. Son el ingrediente pintoresco de este preparado bullicioso y jaranero llamado fiesta mayor o feria, y sin el cual la vida de los pueblos resultaría harto monótona y rutinaria.

Mucho antes de llegar la fiesta ya se perciben los signos de su proximidad. Hoy un barracón de tiro, mañana un ti vivo, pasado mañana un puesto de churros, así van apareciendo en los recintos destinados a ellos esos entes de todos conocidos y cuya suma forman la escenografía para la representación de la comedia más castiza y atractiva de cada pueblo: su Fiesta Mayor.

El ti vivo

Aunque el entoldado es construcción típicamente festiva y antiguamente no podía concebirse una Fiesta Mayor sin el ondear de sus banderines, actualmente se tiene una más heterodoxa de esta solemnidad popular y es presumible que se prescindiera de él de aquí a no muchos años.

No ocurre lo mismo con el ti vivo. Es inconcebible todavía una Fiesta Mayor o Feria sin el voltar de los «caballitos» y su ininterrumpida música organillera. Para los pequeños el galopar circularmente sobre el lomo de sus caballos de madera representa la máxima diversión, el deseo más esperado de todo el año. Después de los Reyes Magos, éste es el sueño dorado de la infancia. Todo lo demás, juguetes y golosinas, quedan a segundo término cuando se trata de poder viajar en la plataforma rodante de los «caballitos».

Las escenas familiares en torno al «carrousel» se repiten cada año en forma parecida. El niño o la niña con sus padres esperando una parada para poder subir al asiento preferido. Aquel otro chico que a pesar de haber estado dando vueltas sobre un cerdito durante media hora, aún se resiste a bajar y quie-

re que su abuelo le pague otro abono para reengancharse. No falta tampoco la pareja de enamorados que en un avance imaginario de su futuro viaje de bodas se suben a los corceles en un ensayo de huida hacia la luna de miel...

Así un año y otro año, desde que lo vimos en nuestra infancia, y probablemente por muchos años más seguirá rodando esa ruleta de la felicidad en la Fiesta Mayor de todos los pueblos.

El entoldado

Este cobijo monumental simboliza por sí solo la Fiesta Mayor de los pueblos catalanes. Sus banderines tremolando en lo alto de sus mástiles pregonan a viento libre la celebración de la onomástica de cada localidad. Cuando pocos días antes del señalado empiezan a erigirse las altas vergas con todo su juego de cables y cordajes, corre la voz de atención de boca en boca y se esparce por todo el vecindario. Hay que estar a punto para la gran fiesta. «Ya levantan el entoldado», «Ya están izando las rayadas lonas» ¡mañana empieza la Fiesta! Y así, entre alborozos y tráfagos, grandes y pequeños se preparan para lucir sus mejores galas y hacer alarde de poderío gastronómico durante aquellos días de fiesta grande, única entre todas las del año.

Al propio tiempo, y como casucas de suburbio guarecidas alrededor de su castillo, se montan las barracas y los ti vivos, las tómbolas y demás tinglados de diversión, y pasatiempos.

Y así llega, precedido por el ruidoso jolgorio del dintorno, el momento solemne del sonar los primeros compases del primer vals en el entoldado.

Es el momento emocionante, aquél en que las parejas salen a pisar la flamante alfombra en ritmo musical y bajo la aureola desbordante de las versallescas lámparas.

Y así un día, y otro y otro... hasta el último vals de la última noche, agotados ya los cuerpos y embotados los espíritus de tanto baile, tanta música y tanto paseo y jolgorio, cual si aquella fuera la última ocasión de toda la vida.

Pero en la Fiesta Mayor, la de los bailes en el entoldado, esta ba-

luerna típica y arcaica llamada seguramente a desaparecer dentro poco tiempo, barrida por las nuevas costumbres, pero que aun perdura para grato recuerdo de aquellos que vivimos bajo su bóveda una de las más felices de la juventud, y como testigo de una época en la cual el jaz y el ritmo sincopado aun no habían barrido de los salones a la música melodiosa.

Los conciertos

En cada población grande o pequeña, no puede faltar su casino. Y las hay que tienen dos o más, pues lo cierto es que cuando menos un casino se hace imprescindible para poder organizar bailes de sociedad y sobre todo para encargarse de los festejos de la Fiesta Mayor.

Entre éstos, y figurando en primer lugar junto con el típico entoldado, están los conciertos en la terraza del edificio social. Sin éstos serían de una insipidez absoluta los aperitivos y no se completarían satisfactoriamente las laboriosas digestiones de los abundantes ágapes de aquellos días.

Tal vez (y sin tal vez, seguramente) la mayoría de los asistentes a esos conciertos no tienen muchos conocimientos musicales, y su atención está más dirigida a la copa que tienen delante y al descomunal puro que sostiene entre dientes que no a la pieza en ejecución; pero es igual, sin el rasgar de los violines y sin los sostenidos agudos de los cornetines, el pollo asado y los abundantes guisos y pasteles ingeridos se resistirían sin duda a salir normalmente del hincho bolsón estomacal.

Por eso en ninguna Fiesta Mayor no pueden faltar los conciertos en las sociedades recreativas a veces incluso, se establece una especie de duelo entre la orquesta de uno y otro bando. Establecen un modo de pugilato a base de «solos» instrumentales, siendo esto un motivo más de discusión por si este solista es mejor que aquél, o viceversa.

No obstante, no llega nunca la sangre al río, se llega al final de la Fiesta con un cansancio general y del nuevo esperar otro año para reemprender la liza y ver quien puede más en materia de festejos.

Xavier